



Todos sabrán
mi nombre **Tony**
Gratacós



Todos sabrán
mi nombre

Tony
Gratacós

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1638

© Tony Gratacós, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

© de las ilustraciones, © Prisma / Album, © Newberry Library / Bridgeman
Images / ACI, © Akg-images / Album

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-233-6484-8

Depósito legal: B. 1.638-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



I

Dicen que cuando estáis a punto de morir, todo lo que habéis vivido pasa ante vuestros ojos como preparación para el inminente juicio final que os espera allá arriba. Es mentira. No fue eso lo que yo sentí.

Blanco, agua, sal. Por ese orden.

Antes de morir, esos fueron mis únicos pensamientos, lo único que vi. Entonces cerré los ojos y desaparecí en la profundidad de los abismos.

Como aún hoy sigo con vida, se podrá alegar que aquel no fue mi último momento, y, por tanto, era lógico que no viera mi pasado desfilando ante el espejo de mis ojos. Pero reto a cualquiera a que me diga si no es muerte segura caer al agua desde una nave, al borde del Pacífico, cuando ni tan siquiera sabéis nadar. Todavía me llevo las manos al cuello en busca de aire cada vez que recuerdo esos momentos. Son los únicos.

En cuanto a lo que hacía yo a bordo de esa nave en los confines del mundo, puede resultar fácil o difícil de entender. Nadie lo sabe. Fácil cuando digo que la nave en la que estaba embarcado formaba parte de la expedición castellana que Su Graciosa Majestad el emperador Carlos V había encomendado a García de Loaysa con el fin de alcanzar las islas de la Especiería. Difícil si tengo que añadir que mi previa experiencia como discípulo del cronista real más poderoso de Castilla, y, por tanto, del Im-

perio español, no me otorgaba los dones necesarios para ser aceptado como tripulante de aquella flamante flota.

Yo esperaba ansioso en la isla de La Gomera para embarcarme. Allí se habían detenido los siete navíos de la expedición para cargar provisiones antes de dar el gran salto al otro lado del mundo, y solo la intercesión en mi favor de Juan Sebastián Elcano, segundo al mando de la expedición, arrancó el sí dubitativo de su capitán general.

—Respondo por él con mi propia vida.

Estas fueron sus palabras exactas a García de Loaysa, quien no acababa de entender el afán del vasco por contar entre sus filas con un joven que a duras penas era capaz de distinguir entre el babor y el estribor de una embarcación. Pero Elcano tenía sus razones fuertemente ancladas en una singular camaradería que él y yo habíamos iniciado unos años antes en Valladolid, y, fiel a la palabra dada en Sevilla, logró que entrara a formar parte de la tripulación de la nao de la que él era capitán, la *Sancti Spiritus*.

No creo que sea necesario presentar al único hombre que ha conseguido completar la vuelta al mundo al mando de una nave.

Elcano había logrado esta proeza como uno de los supervivientes de la más que discutida expedición de Fernando Magallanes.

Esa gesta debería haberle bastado para ser nombrado capitán de la nueva expedición que iba a repetir el viaje de Magallanes, pero Su Sacratísima Majestad el emperador Carlos V eligió en su lugar a Loaysa, un hombre bien conectado con el poder y muy afable, pero menos versado en los asuntos de la mar.

Solo un reino como Castilla es capaz de ningunear de esta manera a sus héroes, relegando a un segundo puesto a quien ya ha realizado con éxito esa travesía.

A bordo de la expedición había diferentes rumores sobre los motivos de la injusta y desagradecida decisión

de la Corona. Posiblemente el más siniestro de todos ellos llegué a escucharlo una tarde mientras descendía a la bodega, las tripas de la nave, en busca de algo que ya ni recuerdo. Allí, junto a la escotilla, antes de bajar al nivel más profundo de la embarcación, vi a dos cabezas al pie de la escalera hablándose al oído en la penumbra. Toda la escena desprendía un inconfundible aroma de corral de vecinas.

—Tengo un amigo en la Casa de Contratación que me asegura que se trata de un castigo al que se somete al vasco por lo ocurrido durante la expedición de Magallanes.

Las palabras que ascendieron hasta mis oídos captaron de inmediato mi atención, y reculé del hueco de la trampilla para evitar ser descubierto. El individuo parecía bien informado.

—Por lo visto alguien que trabajaba allí descubrió que Elcano estaba ocultando unos quintales de clavo que se había traído de la Especiería.

—¿En serio? —La otra voz intervino, cautivada por los hilos de una historia que arrojaba la imagen de Elcano al pie de los caballos.

—El hombre quiso denunciarlo y el vasco lo mató a plena luz del día en las calles de Sevilla.

No pude evitar que se encogiera mi corazón al escuchar aquello. Estuve a punto de hacer notar mi presencia en el hueco de la escotilla, dispuesto a extinguir el fuego hiriente de aquella conversación, mas las siguientes palabras me detuvieron.

—Pero por lo visto no acabó ahí todo. Días después encontraron el cuerpo de una prostituta abierta en canal junto a las orillas del Guadalquivir. Era una amiguita del funcionario asesinado.

—Habrà que andarse con ojo con el capitán. Seguro que el muy cabrón trajinó con ella antes de matarla.

Las risas de ambos, ascendiendo en el aire frívolas, juguetonas, hirientes, acabaron por hervirme la sangre.

Simulé un fuerte tosido antes de poner mis pies en las escalerillas, y la conversación se extinguió por completo. Tuve que contenerme para no descender hecho un rayo y escupirles en la cara. Así era como se contaba la historia en el reino de Castilla, me lamenté con ironía. Pero no tenía ningún derecho a quejarme por ello, puesto que había sido yo quien había decidido abandonar aquel lugar con la verdad bajo mi piel.

Pasé a su lado ignorándolos con desprecio. Al reconocerme, cruzaron una mirada socarrona.

—Ahí a la izquierda tenéis un cubo. —Señaló uno de ellos hacia la parte de popa de la crujía—. Si lo lleváis con vos seguro que nos evitaremos la molestia de tener que recoger otro de vuestros vomitados.

Me volví hacia ellos con desprecio, a tiempo de verlos desaparecer escaleras arriba con el eco de su burdo ingenio todavía en el aire.

Lo cierto es que, muy a mi pesar, aquellos pobres idiotas tenían razón. Había perdido la cuenta de las veces que había vomitado desde el día en que puse los pies sobre la cubierta de esa nave. Toda una ironía teniendo en cuenta que yo, Diego de Soto, había renunciado a un cómodo, tranquilo y dócil trabajo como lacayo de crónicas dictadas por el poder para hacerme a la mar y vivir sin que nadie, salvo el viento, pudiera redactarlas; y allí estaba yo en la cubierta de la Sancti Spiritus vomitando como una primeriza. Sé que mi decisión resultará estúpida para quien no sepa nada sobre mí. Puedo decir en mi defensa que no fue un afán aventurero. Eso me coronaría, sin lugar a dudas, como el rey de los idiotas. Lo hice por necesidad; lo hice por amor; lo hice también seducido por la figura y el genio de Juan Sebastián Elcano. El ser humano puede llegar a resultar un artefacto complicado si alguien trata de descifrar el cúmulo de razones que lo empujan a tomar una determinación.

El mar y yo no estábamos hechos el uno para el otro.

He llegado a la conclusión de que navegar se convierte en pasión solamente para quienes caminando sobre la tierra no alcanzan a hallar la tranquilidad en sus vidas. El mar se encarga entonces de proporcionar los balances y los contrapesos necesarios para enderezar las cuentas de tierra firme. Pero ¡ay de aquel que sepa avanzar sin tum-bos sobre la senda de la vida! Corre el riesgo de volverse loco al intentarlo sobre las tablas de una nave surcando el mar, tan perturbado como su contrario sobre tierra firme.

Esta observación me ha llevado a distinguir dos clases de hombres sobre el mar: quienes navegan sobre la aventura y quienes navegan hacia ella. Para los primeros todo ocurre entre los dos azules; la sal se filtra inexplicablemente por la piel y, al mezclarse con la sangre, convierte su pulso en una suerte de compás del mar, cabalgando por las venas con el mismo ímpetu y pasión con los que se agitan las olas del mar bajo el casco de la nave. Todo vive en ese movimiento.

Los segundos se muestran, durante la travesía, como fieles amantes de la mar. Pero ellos no buscan cabalgar con ella, sino sobre ella, sometiéndola a sus caprichos, doblegándola con el viento y las velas como testigos de su ávida pasión, utilizándola para que en el éxtasis de su furor los arroje bien lejos, a una nueva orilla, un nuevo mundo, una vida nueva.

Elcano es de los primeros; Hernán Cortés, de los segundos. En cuanto a mí, debo confesar que estoy entre los segundos, aunque hubiera dado mi vida por haber sido, con Elcano, de los primeros.

El tiempo que permanecí en su navío, bajo su mando, fue inolvidable. Lo custodiaré siempre como un bien muypreciado, pero no forma parte de esta historia. Pocos pueden jactarse de haber compartido nave con quien ha dado la primera vuelta al mundo.

En compañía de un gigante como Elcano, no me re-

sultó difícil ir afianzando mi posición en alta mar. No había atardecer que no nos hallara en la cubierta tolda charlando de nada y de todo.

Pero ese todo se torció al llegar al famoso estrecho que nos debía conducir al otro lado del orbe.

La vía de agua que comunica las dos caras del mundo se había bautizado en honor de Magallanes. El nombre que nos había unido en Valladolid hacía dos años nos iba a separar a ambos para siempre.

Cuando yo ya había aprendido a moverme con soltura por la nave sin parecer que estuviera de visita, tropezamos en la embocadura del estrecho con una tormenta que dio al traste con la Sancti Spiritus. Jamás pensé que entre dos lenguas de tierra pudiera desatarse un infierno acuático como el que engulló la nave de Elcano. Fue como si una tormenta sacudiera un vaso de agua; las olas parecían salirse por sus bordes, sacudiéndonos de un lado a otro como el sonajero de un monstruoso bebé tratando de conciliar el sueño.

Las condiciones adversas de aquella naturaleza salvaje, grandiosa, virgen, sembraron el caos en la tripulación, que se vio obligada a repartirse entre las naves restantes. Loaysa, temeroso ante una empresa que por unas u otras circunstancias se había cobrado ya tres de las siete naves de la expedición, quiso contar a su lado con la experiencia y tenacidad del vasco, y se embarcó con él en la nave capitana. A mí, tripulante menos insigne, no se me encontró acomodo en esa nave, y fui asignado a una más pequeña, el patache Santiago.

Elcano no pudo evitar lanzar una de sus sonoras carcajadas al enterarse, antes de embarcarnos cada uno en su barco.

—No sé de qué os reís —contesté yo, ofendido por que no mostrara cuando menos algún sentimiento de pérdida al no continuar el trayecto en mi compañía—. ¿Pensáis que Guevara no va a ser tan bueno como vos?

Traté de clavar en su corazón una punzada que doliera un poco, pero el rostro de Elcano no pareció darse por enterado. Para mí era difícil separarme de una de las razones por las que me había embarcado en aquella travesía. Y si bien ambos seguíamos vinculados a la misma aventura, viajar en diferentes naves suponía habitar mundos paralelos que jamás se volverían a encontrar.

—Diego, no os ofendáis, por todos los diablos. Guevara es tan bueno o mejor incluso que los demás, y no me cabe la menor duda de que con él estaréis en buenas manos. Me río porque con vosotros dos en una nave tan pequeña sobra el resto de la tripulación.

Sonreí, tratando de ocultar la pena en el estómago que me producía dejar de viajar junto al vasco.

—Pero prometedme una cosa. Que volveréis a escribir.

Me sorprendió lo absurdo de aquel ruego precisamente en ese momento, como si fueran los últimos deseos de un moribundo.

Sus vivos ojos, clavados en mí, contrastaban con aquel día gris en el que habíamos amanecido. El sol había decidido no mostrar ni sus rayos ni su faz, y todo el firmamento quedaba a la espera, encajado entre las dos orillas de un trozo de mar dormido, todavía de resaca tras la fiesta.

—Todo el mundo puede aprender a subirse a las jarcias, leer un mapa, tirar de un cabo. Hasta vos lo habéis hecho —prosiguió Elcano, arqueando los labios—. Pero no todos pueden aprender lo que vos sabéis hacer tan bien. Volved a coger la pluma y desgarrad vuestra alma para que todos sepan lo que estamos haciendo aquí, tan alejados de nuestra querida tierra. ¡Eh, Guevara!

Su voz voló por encima de mi cabeza hacia la cubierta de la nave que teníamos a nuestra espalda.

—¡Decidme, Elcano! —respondió la voz de un rostro que asomó sobre la barandilla de babor.

—Os lleváis con vos a uno de mis mejores hombres.

¡Cuidad de él y, sobre todo, sentadlo en cuanto podáis en la mesa de vuestro camarote con un papel delante!

—Le conseguiré papel para limpiarse el trasero, eso es lo que haré en vuestro honor —contestó Guevara, levantando las risas de quienes se encontraban en la cubierta de la Santiago en ese momento.

—¿Lo veis? No todo el mundo comprende lo importante que resulta vuestra labor, pero volved a escribir, os lo ruego. —Entonces el vasco depositó sus manos sobre mis hombros y los apretó con fuerza—. Nos vemos.

Sin esperar siquiera a que yo le contestara, se dio la vuelta y se dispuso a subir por las jarcias hasta la cubierta de la nave capitana.

Sentí un pequeño agujero en el estómago. Él debió de sentir algo parecido, porque, antes de saltar y poner los pies sobre la cubierta de la nave capitana, se volvió una última vez y, guiñándome el ojo, sacudió su rostro con una sonrisa de despedida. Ese fue nuestro último adiós.